

## COLABORACION

## LAS TIJERAS

Todas las noches, de nueve á once, se reunían en un rinconcito del café de Occidente dos viejos, á quienes los parroquianos llamaban «Las tijeras.» Allí mismo se habían conocido, y lo poco que sabían uno del otro era esto:

Don Francisco era soltero, jubilado, vivía sólo con una criada vieja y un perrito de lanas muy goloso, que llevaba al café para regalarle el sobrante de los terroncitos de azúcar. Don Pedro era viudo, jubilado, tenía una hija casada, de quien vivía separado á causa del yerno. No sabían más. Los dos habían sido personas ilustradas.

Iban al café á desahogar su bilis en monólogos dialogados, amodorrados al arrullo de conversaciones necias y respirando vaho humano.

Don Pedro odiaba al perro de su amigo. Solía llevarse á casa la sobra de su azúcar, para enduizar el vaso de agua que tomaba al levantarse de la cama. Había entre él y el perrillo una lucha callada por el azúcar que dejaban los vecinos. Cuando D. Pedro veía al perrillo encaramarse al mármol relamiéndose el hocico, retiraba temblando sus terroncitos de azúcar. Alguna vez, mientras hablaba, pisaba como al descuido la cola del perrito, que se refugiaba en su dueño.

El amo del perro odiaba sin conocerla á la hija de D. Pedro. Estaba harto de oírle hablar de ella como de su gloria y de su consuelo; mi hija por aquí, mi hija por allí, siempre su hija. Cuando el padre se quejaba con su vergüenza de su yerno, el amo del perro le decía:

—Convézcase, D. Pedro. La culpa es de la hija; si quisiera á Ud. como á padre, todo se arreglaría... ¡Le quiere más á él! ¡Y es natural! ¡Su mujer de Ud. haría lo mismo!...

El corazón del pobre padre se encogía de angustia al oír esto y su pie buscaba la cola del perrito de aguas.

Un día el perro se comió, después de los terroncitos de su amo, los de D. Pedro. Al día siguiente éste, con dignidad majestuosa, recolectó, después de sus terrones, los del perro. Tras esto hablaron largo rato de la falta de justicia en el mundo.

Sublimes eran las conversaciones de los viejos. Era un placer solitario y mutuo, en las pausas del propio monólogo oía cada uno los trozos del otro monólogo, sin interesarse en el dolor petrificado que lo producía, lo oía, espectador sereno, como á eco puro que no se sabe de dónde sube. Iban á oír el eco de su alma sin llegar al alma de que partía.

Cuando entraba el último empezaba el tijereteo por un «¿qué hay de nuevo?» para concluir con un «¡misericordia pura! todo es farsa!» Su placer era *meneallo*, emporcarlo todo para abonar el mundo.

No reproduciré aquellos monólogos como se producían, prefiero exponer su melodía pura.

—Sea Ud. honrado, D. Francisco, y le llamarán tonto...

—¡Con razón!

—Resignación! predicán los que se resignan á vivir bien; ¡p r resignarme me aplastaron!...

—¡Y á mí por protesta!

—¡La vida es dura, D. Pedro! Siempre oculté mis necesidades y me habiera dejado morir de hambre en postura noble, como un gladiador que lucha por los garbanzos... ¡Oh! hay que saber lucir un remiendo árido con arte... Yo no he sabido hortigacear á tiempo. Siempre soltero jamás hubiera cumplido deseos santos

porque me quitaban el pan padres de hijos que tentan las lágrimas en el bolsillo. Yo me las tragaba...

—Yo he sido casado, los solteros eran una sola boca, corrían sin carga, se contentaban con menos... nada pude contra ellos...

—Pude ser bandido y no lo quise.

—Yo quise serlo y no lo pude conseguir, se me resistía...

—Dicen ahora que en la lucha por la vida vence el más apto. ¡Vaya una lucha! ¡El más apto! ¡Mentira, D. Pedro!

—¡Verdad, D. Francisco! Vence el más inepto porque es el más apto. Todos luchan á quien más se rebaja, á quien más automáticamente, á quien más y mejor llora, á quien más y mejor adula. ¿Teuer carácter?... ¡Oh! ¿quién es este que quiere salir del coro y apartar á parti quino? Hay que luchar por la justicia, que no baja como el rolo, del cielo; el que no llora no mama. Apenas quitan más que dos oficios útiles, ladrón y mendigo, ó la amenaza ó las lágrimas. Hay que pedir desde arriba ó desde abajo.

—¡Ah, D. Francisco! El que para menos sirve es el que mejor sirve.

—Aunque lo digan, yo no soy pesimista. No tiene la culpa el mundo si hemos nacido desolados en él.

—No hay justicia, D. Francisco, que aunque á las veces se haga lo justo, es á pesar de serlo.

—¡Mire Ud., D. Pedro, cómo le paga su hija!

El pobre padre buscaba la cola del perrito de aguas mientras decía:

—¡La caridad! ¡Otra como la justicia! ¡A cuántas almas fuertes mata la lucha por la caridad!... «Ah, éste sabe trabajar, no necesita» y todos pasan sin darle ni trabajo ni pan.

—¡La caridad, D. Pedro! ¡Los pobres necesitaban el pan, me dieron pañuelos de consuelo... les cuestan tan poco... las tienen para su uso! ¡Los ricos me echaron mendrugos... les cuesta tan poco... los habrían echado á los perros! Nadie me ha dado pan con piedad; sobre el pan del cuerpo, miel del alma. He vivido del Estado; esa cosa anónima á la que nada agradezco.

—¡Ah, D. Francisco! Pegas y razones la paz. No me duele el pisotón, sino el «Ud. perdono» la paz basta, la razón sobra... Me decían: «Te conviene, es por tu bien, lo mereces» mil sandeces más, echar en la herida plomo de rretido.

—Tiene Ud. razón. Nadie me ha hecho más daño que los que decían ha érmelo por mi bien. Yo nací hermoso, como un gran diamante en bruto; me cogieron los lapidarios; á picos y regla me pulleron las facetas; que á brillante; ¡hermoso para un collar!... No quise enartarme con los otros, ni engarzarme en oro, rodé por el arroyo; libre, el roce me gastó, he perdido el brillo y los reflejos, y hoy, opaco, achicado, apenas sirvo para rayar cristales.

—Corriyo, tropezando en todas las esquinas para llegar al banquete. «No te apresures, me decían al fin de cada jornada, aún tienes tiempo y no te faltaré en la mesa, si no es un sitio, otro.» Cuando llegué, era tarde, el cansancio y el ayuno habían matado mi apetito, el resorte de mi vida, llegué á la ilusión desilusionado, harto en ayunas... ¡se me había indigestado la esperanza!

Un día unos estudiantes hicieron una judicada al pobre perrito. Su amo se incomodó, los chicos se le insolentaron y se armó cuestión. En lo más crudo de ésta, una ola de pendercia shogó al padre que oía todo callado, se levantó, gruñó un saludo y se fué, dejando al amo del perro que se las arreglara. Pero al siguiente día volvió como siempre.

—Yo he sido siempre progresista, decía el amo del perro, hoy no soy más.

—¡Yo siempre moderado!...



1-30 — Pero progresista sue to, desencasillado, fuera de comité... ¡eso me ha perdido!

— ¡Eso nos ha perdido á los dos!

— ¿Qué escarabajo es este, D. Pedro, que no tiene mote en los cuadros de la entomología política y social?

— Y mire Ud., D. Francisco, mire cómo viven *Trigepidium cicindeloides*, *Anaplotermes pacíficus*, *Termes lucifugus*, *Palingenia longicauda* y tantos más, de la especie tal, género cual, familia tal del orden de los insectos.

— Las ideas de D. Pedro no son más que lastres... la única verdad es la verdad viva, el hombre que las lleva... cuando quiere subir las arrojadas...

— El hombre, D. Francisco, es una verdad triste. Los buenos creen y se eran chopándose el dedo, los pillos se ayudan... y al cabo todos concluyen lo mismo. Yo creo en un limbo para los buenos y un infierno para los malos.

— ¡Feliz Ud., D. Pedro! ¡Feliz Ud. que tiene el consueño de creer en el infierno!

— Mi mayor placer después de estos parralitos es dormir como un lirón. Me gustaría acostarme para siempre con la esperanza de encontrar á la cabecera de mi cama mi vasito de agua azucarada un día que nunca llegue... ¡Dormir para siempre arrullado por la esperanza dulce!

— Mi único consueño, D. Pedro, es el pensamiento puro, y aun éste, en cuanto vive se ensucia...

Así, aunque en otra forma, discurrían aquellos viejos que arrechos de frío miraban con desdén la vida desde la cumbre helada de su soledad. Amaban la vida y gozaban en mal decir del mundo, sintiéndose, ellos, los vencidos, vencedores de él, el vencedor. Lo encontraban todo muy malo porque se creían buenos y gozaban en crearlo. Era la suya una postura como otra cualquiera. Creían que el sol se calienta pero que calienta, y en él se calentaban.

Salían juntos y bien abrigados, y al separarse continuaban, cada uno por su camino, el monólogo eterno. Todas las noches murmuraban al separarse: ¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!

Un día faltó D. Pedro al café, y siguió faltando, con gran placer del perrito de aguas. Cuando el amo de éste supo que el padre había muerto, murmuró: «Pobre señor. ¡Algún disgusto que le ha dado su hijo! ¡Si encontrará algún día el vaso de agua azucarada á la cabecera de la cama!» Y siguió su monólogo. El eco de su alma se había apagado, ¿quién era? ¿de dónde venía? ¿cómo vivía? Ni lo supo ni intentó saberlo; quedó solo y no conoció su soledad.

Sigue yendo al rinconcito del café de Oriente. Los parroquianos le oyen hablar solo y le ven gesticular. Mientras da un terroncito de azúcar al perro que agita de gusto su colita rematada en un pompón, murmura: «Miseria pura, D. Pedro, todo es farsa!» Y los parralitos dicen: «¡Pobre señor! Deade que perdió la otra vida, esa cabeza no anda bien, ¡ cuánto le afectó! ¡Se comprende... á su edad!

El amo del perro sale sin acordarse del padre de la hija, y sólo sigue hablando: ¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!

MIGUEL DE UNAMUNO.